

nos como antes habían hecho otros. Viendo el eadí que no podía aliviar los padecimientos del pueblo, indignado ya contra él, condescendió en entregar el mando al fakih Al Wattán, el cual envió un mensajero á Rodrigo para arreglar un tratado en los siguientes términos: los valencianos pedirían socorro al rey de Zaragoza y al general de los Almoravides, que se hallaba en Murcia: si estos no les auxiliaban en el término de quince días, Valencia se rendiría al Cid con las siguientes condiciones: Bén Gehaf conservaría la misma autoridad que antes, con seguridad para su persona, familia y bienes: Ben Abdus (el almoraxife del Cid) sería inspector de impuestos: Muza (que seguía su partido) tendría el mando militar: la guarnición se compondría de cristianos mozárabes: el Cid residiría en Cebolla, y no alteraría ni las leyes ni las contribuciones, ni la moneda de Valencia. La estipulación fué firmada por ambas partes.

Al día siguiente partieron cinco patricios (hómes mayores, dice la Crónica) para Zaragoza, y otros tantos para Murcia. Rodrigo había puesto por condición que cada embajador podría llevar consigo cincuenta dinares solamente. En su virtud pasó en persona á reconocer á los que iban á embarcarse para Denia, y de allí continuar por tierra á Murcia. Hízolos registrar, y se halló que llevaban gran cantidad de oro y plata, de perlas y piedras preciosas, parte de su propiedad, parte de los comerciantes de Valencia,

que querían poner á salvo sus tesoros. El Cid confiscó todo esto, y dejó á los embajadores los cincuenta dinares convenidos.

Trascurrieron los quince días, y los embajadores no regresaban. El Campeador intimó á Ben Gehaf que si pasaba un momento mas del plazo estipulado se consideraría relevado de observar la capitulación. Sin embargo, un trascurrió un día sin que le abrieran las puertas, y cuando los negociadores del tratado se presentaron al Cid, éste los hizo entender que no estaba obligado á nada, porque el plazo había pasado. Respondiéronle ellos que se ponían en sus manos y se encomendaban á su generosidad y prudencia. Al siguiente día se presentó Ben Gehaf al Cid, y ambos con los principales caudillos cristianos y musulmanes firmaron los artículos de la ya citada capitulación. Ben Gehaf regresó á la ciudad, y al medio día se abrieron las puertas al ejército cristiano. Verificóse la entrada del Cid Ruy Díaz el Campeador en Valencia, el jueves 15 de junio de 1094 ⁽¹⁾.

Subió Rodrigo á la torre mas alta del muro para contemplar la ciudad de que acababa de enseñorearse. Recibía con mucha afabilidad á los moros que iban á besarle la mano, y encargaba á sus guerreros que los saludáran y aun les hicieran lado cuando pasaban. Agradecidos á tan generoso comportamiento los

(1) Ibn Alabbar y la Crónica primeros dicen tambien: «Prisó general están contestes en señalar Mio Cid Valencia, Era, 4132.» este día. Los Anales Toledanos

infiel, pregonaban á voz en grito que no habian visto jamás un hombre mas honrado ni que acaudillára una tropa mas disciplinada. Ben Gehaf le ofreció una gran parte del dinero que habia tomado á los monopolistas del trigo durante el sitio; pero el Cid, que sabia de que manera lo habia adquirido, rehusó el presente.

Despues por medio de un heraldo hizo una invitación á todos los patricios del territorio valenciano para que se reunieran en el jardin de Villanueva; luego que se hubieron congregado, subió á un estrado cubierto de estera y tapiz, mandó á los magnates que se sentaran enfrente de él, y les habló de esta manera: «Yo soy un hombre que nunca he poseido ningun reino, pero soy de linage de reyes⁽¹⁾: el dia que ví esta ciudad me agradó y la envidié, y pedí á Dios que me hiciera dueño de ella: ved cuánto es el poder del Señor! el dia que puse cerco á Juballa (Cebolla), no tenia mas que cuatro panes, y ahora Dios me ha hecho merced de darme á Valencia, y me encuentro señor de la ciudad. Si hago en ella justicia, Dios me la dejará; si no hiciere derecho, sé bien que me la volverá á quitar. Así, que recobre cada cual su hacienda y la disfrute como antes: el que encuentre su campo labrado, que éntre al instante en él; el que le halle sembrado y cultivado, pague su tra-

(1) La Crónica: «mas so de «y nadie de mi linage le ha tenido.»—Dozy traduce: «nido.»

«bajo y la simiente al cultivador y poséale. Quiero «tambien que los colectores de impuestos en la ciudad «no tomen mas que el diezmo, segun vuestra costumbre: he determinado oiros en juicio dos dias «cada semana, los lunes y jueves; mas si teneis algun negocio urgente, venid cuando querais, y os «oiré, que no soy yo hombre que me encierre con las «mugeres para beber y yantar como vuestros señores «á quienes nunca lograis ver⁽¹⁾; quiero arreglar vuestros negocios por mí mismo, ser como un compañero vuestro, protegeros como un amigo y como un padre: yo seré vuestro alcalde y vuestro alguacil; «y siempre que tengais que querellaros unos de otros, «os haré justicia.»—Luego añadió: «Hánme dicho que «Ben Gehaf ha hecho muchos males á algunos de «vosotros, tomando vuestros haberes para hacerme «con ellos un presente: yo me he negado á admitirle, que si codiciara yo vuestra hacienda sabria tomarla sin pedirla ni á él ni á otro; pero libreme Dios «de hacer violencia á nadie por adquirir lo que no me «pertenece. Haga buen provecho, si Dios lo permite, «á los que han traficado con sus bienes; y lo que «Ben Gehaf haya tomado, mando que lo torne luego sin otro alongamiento ninguno. «Quiero que me jureis que habeis de cumplir lo que «os diré y que no os desviareis de ello. Obedecedme,

(1) Dozy traduce: «beber y mando sin duda cantar por yantar. cantar: pour boire et chanter;» to-

«y no quebrantéis jamas los pactos que hagamos: ob-
servad lo que os ordene «ca me pesa mucho de
«quanta lazeria é de cuanto mal pasastes comprando
«el caiz de trigo á mil maravedis de plata, mas fio yo
«en Dios que yo lo tornaré á maravedí:» en fin,
«ahora estad tranquilos y seguros, porque he prohi-
«bido á mis gentes que entren en vuestra ciudad á
«traficar: he designado para mercado suyo la Al-
«cudia: lo he hecho por consideracion á vosotros.
«He mandado que no se prenda á nadie en la ciudad:
«si alguno contraviene á esta orden, matadle sin
«miedo alguno.»—«No quiero, añadió todavía, entrar
«en Valencia, no quiero vivir en ella, quiero esta-
«blecer sobre el puente de Alcántara una casa de
«recreo, un lugar en que vaya á solgar á las veces.»

Con gran contento oyeron los moros este discurso.
Sin embargo al querer tomar posesion de sus tierras
hallaron mil dificultades de parte de los cristianos que
las poseian⁽¹⁾. Esperaron pues á que el Cid les hiciera
justicia el primer dia de tribunal que era un jueves.
Admiráronse y se desconsolaron de oír al conquista-
dor espresarse en aquella audiencia en términos bien
desemejantes á los que en la anterior asamblea habia
usado, diciendo que él necesitaba sus soldados como

(1) «Ca de quantas heredades de sus soldadas: é los moros ve-
los christianos tenian labradas, no yendo esto, atendieron fasta el
les quisieron dejar ninguna; como jueves que el Cid habia de salir á
quier les dejaban las que non eran oír los pleitos así como dijera.»
labradas; ca decian que el Cid que Chronica, c. 206.
les diera por este anno en cuenta

su brazo derecho; y que no podia enojarlos. Díjoles
ademas que él era el único señor de Valencia, y si
querian obtener su favor era menester que le entre-
gáran la persona de Ben Gehaf, á quien queria casti-
gar por la traicion cometida contra su rey, y por las
miserias y padecimientos que á ellos y á él mismo
habia ocasionado. Pidiéronle ellos tiempo para deli-
berar. ¿Pero quién se atrevia entonces á contrariar la
voluntad del Cid? Ben Gehaf fué preso y entregado.
Hízole Rodrigo poner una nota de todo lo que poseia,
y que jurase ante los principales moros y cristianos
no poseer otra cosa que lo que en la lista constaba,
reconociendo al Cid el derecho de condenarle á muerte
si otro haber se le encontrára. Obraba de esta manera
Rodrigo porque sabia que Ben Gehaf habia tomado
para sí y conservaba ocultos los tesoros del asesinado
Alkadir. Mandó, pues, reconocer las casas de los ami-
gos de Ben Gehaf imponiendo pena de la vida á los
que ocultáran las riquezas que este les hubiera con-
fiado: el miedo hizo que todos le fueran entregando los
tesoros que guardaban. Hizo igualmente registrar la
casa de Ben Gehaf, y por revelacion de un esclavo se
hallaron en ella inmensas riquezas en oro y pedrería.

Habíase trasladado ya el Cid al palacio de Valen-
cia, contra los términos de la capitulacion que no
creía obligarle, y reunidos allí los principales de la
ciudad, les habló otra vez de esta suerte: «Bien sa-
«beis, prohombres de la aljama de Valencia, cuanto
TOMO IV.

«he servido y ayudado á vuestro rey, y cuántos trabajos he soportado antes de ganar esta ciudad. Ahora que Dios me ha hecho dueño de ella, la quiero para mí y para los que me han ayudado á ganarla, salva la soberanía de mi señor el rey don Alfonso. Vosotros estais en mi presencia para ejecutar lo que fuere de mi voluntad y bien me pareciere. Yo podria tomar todo lo que poseeis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mugeres; pero no lo haré. Pláceme y ordeno que los hombres honrados de entre vosotros, los que se han conducido siempre con lealtad, vivan en Valencia en sus casas con sus familias; mas no habeis de tener cada uno sino una mula y un criado, ni podreis usar ni conservar armas sino en caso de necesidad y con mi autorizacion: los demás desocuparán la ciudad y vivirán en la Alcudia, donde yo estaba antes. Tendreis mezquitas en Valencia y en la Alcudia: tendreis tambien vuestros alfaquíes: vivireis con arreglo á vuestra ley, y con vuestros alcaldes y alguaciles que nombraré yo: poseereis vuestras heredades, pero me dareis el señorío sobre todas las rentas, administraré la justicia, y haré batir moneda mia. Los que quieran quedar conmigo bajo mi gobierno, que queden; los que no, vayan á la buena ventura, pero solo sus personas, sin llevar nada consigo: yo les daré salvoconducto.»

Dejó tan con tristados á los moros este discurso

como satisfechos habian quedado con los anteriores. Pero la voluntad del Cid era entonces la ley, y tenia que ser cumplida. En su virtud salieron los moros con sus mugeres y sus hijos de Valencia á ocupar el arrabal, y los cristianos de la Alcudia entraron á reemplazarlos en la ciudad. Los que salieron eran tantos, dicen, que tardaron en desfilar dos dias enteros.

Creyó el Cid llegado el caso de ejecutar en el usurpador Ben Gehaf un castigo ejemplar y terrible. En medio de la plaza hizo ahondar un hoyo, en el cual dispuso fuese metido el antiguo cadí de modo que quedáran solamente descubiertas la cabeza y las manos. En derredor de esta fosa se pusieron haces de leña á los cuales se les prendió fuego. Aquel desventurado mostró una serenidad horriblemente heroica. Pronunciando las palabras sacramentales de los árabes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso,» á fin de abreviar su suplicio con su propia mano se aplicaba las ascuas y los tizones encendidos, y así expiró entre tormentos horrorosos. El Cid queria quemar tambien á la familia y parientes de Ben Gehaf, pero musulmanes y cristianos se interesaron é intercedieron por ellos, y lograron, aunque con trabajo, ablandar á Rodrigo y salvarlos de tan ruda sentencia. Sin embargo ejecutó el mismo castigo en algunos otros personajes. Con esto Ben Gehaf, antes tan aborrecido, fué mirado como un mártir entre los musulmanes. Sus mismos enemigos ensalzaban despues

aquella desgraciada víctima. Ibn Bassán, el escritor mas inmediato á los sucesos, decia: «Quiera Dios escribir esta accion meritoria en el libro en que ha registrado las buenas acciones del cadí; que le sirva para borrar los pecados que antes hubiese cometido.» Fué el suplicio de Ben Gehaf en mayo ó principios de junio de 1095.

«El poder de este tirano (continúa el citado escritor árabe hablando del Cid) fué siempre creciendo, de modo que pesó sobre las altas y las bajas comarcas, y llenó de terror á nobles y á plebeyos. Uno me ha contado haberle oido decir en un momento de vivos deseos y de estremada avidez: *Un Rodrigo perdió á España, y otro Rodrigo la rescatará.* Palabra que infundió el pavor en los corazones, y que hizo pensar á los hombres que sucediera pronto lo que recelaban y temian. Sin embargo, este hombre, la plaga de su tiempo, era por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter, y por su valor heróico, uno de los prodigios del Señor.» Elogio grande en la pluma de un musulman contemporáneo.

Propúsose Yussuf ben Tachfin, el emperador de los Almoravides, reconquistar á toda costa á Valencia. Era Valencia para él, dice el citado escritor, una arista en el ojo. Un numeroso ejército mandado por su lugarteniente Ben Aixa fué á ponerle sitio. Al undécimo dia hizo el Cid una salida impetuosa, derrotó los enemigos y se apoderó de su campo (1096).

Despues de la batalla de Alcoraz ganada por Pedro I. de Aragon, de que daremos cuenta en las cosas de este reino, los nobles aragoneses aconsejaron á su rey que hiciera alianza con el Cid. Gustosos vinieron en ello el aragonés y el castellano, y habiendo tenido una entrevista marcharon reunidos hácia Valencia. Cerca de Játiva salió á su encuentro el general almoravide Ben Aixa con treinta mil hombres; pero lo meditó mejor, y tuvo por prudente evitar el combate. Prosiguiendo despues por la costa hácia el Sur, viéronse acometidos por los Almoravides favorecidos por una escuadra. Comenzaban á desfallecer los cristianos viéndose acosados por mar y por tierra. El Cid recorrió las filas á caballo, los realentó, lanzaron el ejército almoravide de sus ventajosas posiciones, apoderándose de los efectos de su campo, y volvieron á entrar en Valencia. El de Aragon regresó á sus estados, el castellano se preparó á tomar á Murviedro, donde mandaba el señor de Albarracin, que aliado suyo antes, le habia sido infiel durante el sitio de Valencia (1097).

Primeramente quiso recobrar á Almenara, que cayó en su poder á los tres meses. Púsose despues sobre Murviedro. Pidiéronle los sitiados un plazo de treinta dias, á condicion de rendírsele si no eran en este intervalo socorridos. El Cid se le concedió. El señor de Murviedro y de Albarracin se dirigió sucesivamente en demanda de auxilio á Alfonso de Casti-

lla, á Almostain de Zaragoza, á los Almoravides y al conde de Barcelona. Alfonso contestó que mas le agradaría ver á Murviedro en poder de Rodrigo que en el de un príncipe sarraceno. Negósele Almostain intimidado por las amenazas del Campeador. Los Almoravides no quisieron moverse sin que el emperador Yussuf se pusiera á su cabeza. Y el de Barcelona, que sitiaba á Oropesa, se retiró con solo el rumor de que se aproximaba el Cid. Pasados los treinta dias intimó Rodrigo la rendicion á los sitiados. Disculpáronse ellos con que los mensageros no habian regresado aun, y el Cid les dió espontáneamente un nuevo plazo de doce dias. Pasaron estos, y todavía le suplicaron que prorrogará aquel hasta la pascua de Pentecostés: el Cid les concedió generosamente hasta San Juan: tal era la confianza que tenia de que nadie seria osado á socorrerlos; y aun les permitió poner en seguridad sus mugeres, sus hijos y sus bienes. En vano esperaron este largo tiempo los sitiados, nadie se atrevió á acudir en su ayuda, é hizo el Cid su entrada en Murviedro el 24 de junio de 1098. Pidióles entonces el equivalente al dinero que habian enviado á los Almoravides para empeñarlos á que fueran á combatirle, y como no les fuese posible aprontarlo fueron los moros de Murviedro, encadenados y conducidos á Valencia.

Pero Castilla iba á verse bien pronto privada del robusto brazo del mas ilustre de sus guerreros. Los Al-

moravides mandados por Ben Aixa derrotaron á Alvar Fañez, pariente y compañero del Cid, en las inmediaciones de Cuenca. Avanzaron hácia Alcira, y habiendo encontrado allí una parte del ejército de Rodrigo le derrotaron tambien. Cuando los soldados que escaparon con vida le llevaron tan triste nueva, el Cid, jamás vencido cuando él capitaneaba sus guerreros, murió de pesar (julio de 1099). «¡Que Dios no use de misericordia con él!» añade el escritor arábigo.

Todavía despues de la muerte de Rodrigo su esposa Jimena, digna consorte de tan grande héroe, continuó defendiendo á Valencia contra los reiterados ataques de los Almoravides. Mas de dos años sostuvo la ilustre viuda el honor de las armas castellanas en aquella ciudad ya famosa, hasta que en octubre de 1101 le puso cerco el general almoravide Mazdali con poderosísimo ejército. Aun así se sostuvieron firmemente los sitiados por espacio de siete meses, al cabo de los cuales, envió Jimena al obispo de la ciudad, Gerónimo, francés como la mayor parte de los que Alfonso habia colocado, á suplicar al rey de Castilla que acudiera en su socorro. Hízolo así Alfonso VI., entrando con su ejército en Valencia sin que el de los Almoravides fuera capaz á estorbárselo. Mas conociendo Alfonso que sin el brazo y la espada del Cid seria difícil sostener una ciudad tan apartada del centro de sus estados, determinó abandonarla, y despues de haberla puesto fuego salió con toda la guarnicion

cristiana en procesion solemne, llevando Jimena consigo el cadáver de su ilustre esposo. Entró, pues, Mazdalí con sus Almoravides en la ciudad el 5 de mayo de 1102. «¡Que Dios le asigne, dice el escritor musulman, un lugar en el sétimo cielo, y se digne recompensar su celo y sus combates por la santa causa otorgándole las mas bellas recompensas reservadas á los que han practicado la virtud!»

En aquellos momentos mismos escribía Abu Abderrahman ben Tahér al vazzir Abu Abdelmelik: «Os escribo á mediados del mes bendito (Ramadan): hemos triunfado, porque los musulmanes han entrado en Valencia (restitúyale Dios su vigor), despues de haberse visto cubierta de oprobio. El enemigo ha incendiado la mayor parte, dejándola en estado tal que asusta al que la contempla y le hace caer en silenciosa y sombría meditacion. La ha cubierto de negros ropages, como el luto que llevaba cuando se encontraba en ella: un velo cubre todavía su mirada, y su corazon que se agita sobre carbones encendidos lanza suspiros profundos. Pero quédale su cuerpo delicioso: quédale su terreno elevado semejante al oloroso musgo y al oro esplendente, sus jardines cubiertos de árboles, su rio de limpias aguas: y gracias á la buena estrella del emir de los musulmanes y á los cuidados que le consagrará, se disiparán las tinieblas que la cubren; recobrará su ornato y sus joyas; por la tarde se adornará de nuevo con sus magníficos ves-

tidos; se mostrará en todo su brillo, y se asemejará al sol cuando ha entrado en el primer signo del Zodiaco. Alabanza á Dios, rey del reino eterno, que la ha purgado de los que adoran muchos dioses. Ahora que ha sido recobrada al Islam, el consuelo ha venido á dulcificar los dolores que el destino y la voluntad de Dios nos habian causado.»

El cuerpo del Cid fue sepultado en el claustro del monasterio de Cardena. Jimena su esposa murió en 1104, y fué tambien sepultada en aquel ilustre monasterio al lado de su esposo. El Cid tuvo un hijo llamado Diego Rodriguez, que fué muerto por los moros en Consuegra. De las dos hijas de Rodrigo y de Jimena, la mayor llamada Cristina casó con Ramiro, infante de Navarra y señor de Monzon, de cuyo matrimonio nació Garcia Ramirez, el restaurador del reino de Navarra. La otra, nombrada María, tuvo por esposo á Ramon Berenguer III., conde de Barcelona, los cuales hubieron una hija que casó con Bernard, último conde de Besalú ⁽¹⁾.

Tales son los hechos históricos mas importantes del Cid Campeador ó por lo menos los que del cotejo de las historias y crónicas arábicas y latinas que conocemos y gozan de alguna autoridad, resultan mas probados y averiguados ⁽²⁾. Objeto y argumento el

(1) Berganza, Antigued. tom. I. página 555.—Huber, Hist. del Cid, página 215.—Bofarull, Condes, tomo II, p. 157.

(2) Además de las obras citadas en las primeras notas de este capítulo, poco nos habrá quedado por consultar de lo muchi-